

ALEJANDRO CEBALLOS SALOBREÑA
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE
ODONTOLOGÍA

400840
MADE IN SPAIN



Dolor y belleza: Un estudio de la
diente a través de los textos



DISCURSO DE APERTURA
UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1992-1993

ALEJANDRO CEBALLOS SALOBREÑA
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE
ODONTOLOGÍA

Dolor y belleza: Un estudio de la
boca a través de los textos



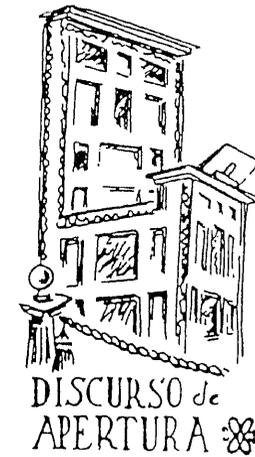
DISCURSO DE APERTURA
UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1992-1993

Dolor y belleza: Un estudio de la
boca a través de los textos

ALEJANDRO CEBALLOS SALOBREÑA
CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE
ODONTOLOGÍA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
GRANADA
N.º Documento <u>241358</u>
N.º Copia <u>241379</u>

Dolor y belleza: Un estudio de la
boca a través de los textos



UNIVERSIDAD DE GRANADA
CURSO ACADÉMICO 1992-1993

EXCELENTÍSIMO Y MAGNÍFICO SR. RECTOR
EXCMAS. E ILMAS. AUTORIDADES
SRES. PROFESORES Y ALUMNOS
SRAS. Y SRES.

Si hay alguna especialidad en la Medicina que, en su ejercicio, más haya sufrido, a lo largo de los tiempos, la injerencia de la superstición, la magia o las creencias populares, esa especialidad es, sin duda alguna, la Odontología. De ahí que hayamos sido, entre otras cosas, blanco perfecto para la pluma de escritores. La sátira, que se ensaña en muchas ocasiones con nosotros, es responsable, en cierto modo, del desprestigio y del rechazo que siempre ha rodeado al ejercicio de nuestra profesión. Pertenece a los primordia de la historia, somos herederos de los antiguos magos caldeos, de los sacerdotes egipcios, de los chamanes americanos. Somos hijos de Hipócrates, de los buhoneros ingleses, de los actores-dentistas del Vieux Pont de Paris y de los barberos sangradores españoles.

Odontólogo o estomatólogo, el dentista, ha sido quizás el profesional de la medicina que más apelativos ha recibido a lo largo de su historia: sacamuelas, barbero, rompedientes, arranca dientes, charlatán, pero, por encima de epítetos despectivos,

preferimos el sintagma con el que Quevedo agrupa a todos los que ejercían nuestro arte: *Gentes de Santa Apolonia*.

Aunque se ha avanzado mucho en la relación que existe entre el cuidado de la boca y la detección y prevención de tantas enfermedades que aquejan al hombre, en la actualidad perviven todavía en nuestra profesión supersticiones, miedos y cierto rechazo a nuestro trabajo. Es una tarea ardua y lenta que debe iniciarse en la primera enseñanza y constituye para nosotros una gran satisfacción ver cómo los niños van poco a poco tomando conciencia de la necesidad de una higiene bucal y de unas revisiones periódicas, forma ésta de que se pierda el miedo a la hora de acudir a la consulta del dentista.

Pretendemos en esta lección inaugural hacer un recorrido por la historia de la Odontología, y qué mejor forma hay de hacerlo que la de dar a conocer aquellos textos en los que los distintos autores tratan el tema de la boca. Así podremos entender la evolución y los avances que se han venido registrando en este área de conocimiento, y sacar nuestras propias conclusiones, eliminando los errores que han contribuido a la formación de nuestra herencia histórica.

La Odontología nace motivada por dos razones: la lucha contra el dolor y la búsqueda de la belleza. A estas dos motivaciones vamos a dedicar nuestra lección. Es el dolor el que obliga a cualquier persona en cualquier época a ir al dentista para remediarlo y es la belleza la que ha hecho que surjan y se desarrollen las diferentes técnicas para resaltar o corregir defectos en la estructura de la boca.

Hay tradiciones terapéuticas, desde luego, y trabajos rudimentarios de prótesis encaminados a restaurar los dientes perdidos, pero en muy contadas ocasiones su práctica se puede atribuir a un sector autónomo de la medicina como son hoy los dentistas, estomatólogos u odontólogos. En la mayor parte de los casos, el remedio al dolor lo procuraban sacerdotes, charlatanes, magos o brujos que actúan fuera del arte médico, del arte de sanar, al

igual que la restauración de la boca era cosa de artesanos especializados en otros campos como podían ser los joyeros.

Como enfermedad, la patología bucal, es tan vieja como el hombre. Por la Paleopatología ya tenemos noticia de las afecciones de boca, de caries y piorrea, y las distintas culturas hacen mención de ello, como es el caso de los asirios, egipcios, culturas precolombinas, etc.¹.

La primera adquisición cultural del hombre, el fuego, le dotó de medios para subsistir en una naturaleza a la que no accedía en igualdad de condiciones con los otros seres vivos. Le liberó del miedo, le dió seguridad y le ayudó a ablandar los alimentos, a eliminar lo excesivamente fuerte de ellos y adecuarlos a su *anthropíne phýsis*, a su naturaleza humana. Un cambio en la dieta, una transformación en la ingesta alimentaria, pero también una alteración en la boca: los molares comenzaban a caerse, las encías se inflamaban y reblandecían. Así empiezan las afecciones bucales provocadas por las caries y los procesos periodontales. Quizás sea uno de los primeros tributos que el hombre tuvo que pagar a una nueva forma de vida, la vida civilizada: el cereal molido en morteros de piedra, mezclado con finas partículas de arena, producía entre los antiguos egipcios una constante abrasión que desembocaba en dolorosos cuadros inflamatorios cuando se veía afectada la pulpa dentaria.

Aunque todas las culturas conocieron o intentaron remedios para las afecciones bucales, vamos a fijar nuestra atención en el mundo clásico, en Grecia y Roma, por la influencia que su cultura y civilización han ejercido en el mundo occidental.

Al hablar de los griegos la primera referencia obligada es Homero. La medicina que aparece reflejada en sus poemas utiliza ya procedimientos terapéuticos, fundamentalmente quirúrgicos, basados en la experiencia y prescinde, en cierta medida,

1.—HOFFMAN-AXTELM, W., *History of Dentistry*, Chicago, 1981, p. 19-34; 47-59.

del recurso a la magia. La estructura de la boca descrita con la fórmula *cerco o barrera de los dientes*², aparecerá más tarde en Solón designando específicamente la primera dentición de los niños.

En la ciudad de las técnicas, el saber empírico y asistemático del "cortador de raíces", del vendedor de fármacos, de la parte-
ra, se dota de un método y de un sistema, se convierte en técnica y encuentra un protagonista, el médico. Alejado de la religión y la superchería construye un edificio teórico que bajo el nombre de "Corpus Hippocraticum" constituye el manifiesto de un saber autónomo, laico y científico porque el experimento se hace camino y de su acumulación en la memoria se deducen resultados que otros, con el tiempo, podrán mejorar. En el "Corpus Hippocraticum" están las bases de una fisiología y una patología cuya influencia en la medicina occidental podríamos llevar hasta que en 1885 Virchow dio a conocer su teoría celular.

No hay en el Corpus trabajos específicos sobre los dientes y sus afecciones, si exceptuamos el tratado "Sobre la dentición", colección de sentencias sobre la primera erupción: *Aquellos que durante la dentición mueven su vientre con frecuencia están más expuestos a convulsiones que los constipados. En igualdad de condiciones, los niños que rompen los dientes en invierno, tienen una dentición más larga. "En la época de la erupción los niños tienen las encías más irritadas, fiebre, convulsiones y diarrea, principalmente a la salida de los caninos*³.

La patología dental y bucal aparece inserta en la teoría humoral: *Cuando hay dolores en el diente, si el diente está cariado y se mueve, extraerlo, pero si no tiene aún caries o no se mueve, pero produce dolor, desecarlo cauterizándolo. Son convenientes también masticatorios. Los dolores se producen cada vez que la flema des-*

2.—H. IX, 408; Od. X, 328; Sol. 19 D.

3.—Hp. Dent. 6-12.

*ciende hasta las raíces de los dientes. Son carcomidos, unos por obra de la flema, otros por los alimentos, si son por naturaleza débiles, tienen algún hueco o están implantados en la encía de forma incorrecta*⁴. En esta técnica de cauterización podemos encontrar el antecedente de la endodoncia.

El médico hipocrático, preocupado sobre todo por la dieta, establece para la etiología de las caries, según vemos por el texto anterior dos factores endógenos: disposición y flema, y un factor exógeno, la alimentación, forma racional de sustitución del ingenuo mecanismo analógico del "gusano de los dientes", presente en la cultura mesopotámica, que continuará en la egipcia, y que, más tarde, según veremos, con Roma, volverá a hacer su aparición.

Otra afección conocida era la gingivitis a la que se aplicaba una terapia general y otra local. En el tratado "Sobre las enfermedades de las mujeres", vemos la influencia del saber popular en la aplicación del tratamiento: *Cuando una mujer nota mal olor de boca y ve que sus encías están negras y enfermas, tostar cabeza de liebre y tres ratones. Por separado a dos de ellos quitarles las tripas, menos el hígado y los riñones, triturar mármol o piedra blanca en un mortero de piedra y tamizarlo. Después mezclarlo todo esto a partes iguales y frotar con ello los dientes*⁵.

De poca importancia considera el cirujano hipocrático la extracción de las piezas dentales. En el tratado "De Officina" vemos que *la odontagra para la extracción dental puede manejarla cualquiera porque evidentemente su manejo es simple*⁶. Es la primera vez que aparece este artilugio técnico, pero sólo era utilizado una vez realizada la sindesmotomía.

Los planteamientos del Corpus Hipocrático, sus intuiciones, sus aciertos y errores van a encontrar, a través de los árabes,

4.—Hp. Aff. 4.

5.—Hp. Mul. II, 185-186.

6.—Hp. Off. 9.

una continuidad en el occidente medieval y un principio de superación en la Italia renacentista de Andrés Vesalio.

En Queronea, el marco social y político que vio nacer al médico hipocrático, sufrió un duro golpe. Las nuevas condiciones demandaban nuevos modelos de conocimiento. El maestro del joven Alejandro, Aristóteles, y su Escuela se empeñan en la construcción de la primera enciclopedia del saber: las ciencias particulares comienzan una andadura que en el mundo antiguo quizás alcancen su cénit en la Biblioteca y en el Museo. Especial desarrollo adquieren en el Perípato las ciencias biológicas y, en ese contexto, la fisiología y la anatomía comparadas encuentran un lugar en las ciencias de la naturaleza. No faltan, como es de esperar, certeras anotaciones odontológicas aunque haya que achacar al de Estagira un error que durante mucho tiempo se mantuvo en la literatura dental: *El hombre, el borrego, el cerdo y los caballos tienen más dientes que las hembras* ⁷, haciendo depender el número de dientes de la cualidad del sexo.

No hay en los escritos aristotélicos recomendaciones terapéuticas, pero sí encontramos cierto interés en las técnicas de extracción. En la Mecánica leemos: *La odontagra está formada por dos palancas que actúan en sentido contrario, teniendo como punto de apoyo la articulación del instrumento. Por medio de esta doble palanca es fácil mover el diente y acabar la extracción con los dedos* ⁸.

En cuanto a la práctica de la higiene bucal en Grecia no hay casi referencias; se insiste más en el mal olor, como hemos visto en uno de los textos del Corpus. Su práctica no debía de ser muy habitual pues Teofrasto, discípulo de Aristóteles, nos dice: *Es una virtud el afeitarse con frecuencia y el tener los dientes blancos* ⁹.

7.—Arist. *HA*, II, 3, 501b.

8.—Arist. *Mech.* III, 6, 854a.

9.—Thphr. *Char.* XIX.

Dioclés de Caristo, médico en la Atenas de Aristóteles aconsejaba: *Todos los días debes lavarte las encías y dientes con la yema de los dedos con menta finamente pulverizada, hacia dentro y hacia fuera, y quitar entonces las partículas de alimento que se han quedado adheridas* ¹⁰.

En el siglo III a.C., Erasistrato consideraba la extracción dental una operación muy peligrosa por lo que había que depositar en el templo de Apolo en Delfos unas tenazas para extraer los dientes como incitación a la prudencia que debe dominar este acto quirúrgico ¹¹. Por Herófilo tenemos noticia de la muerte de pacientes como consecuencia de extracciones dentales ¹².

Una aproximación a la Odontología en el mundo romano tiene que comenzar por los etruscos. Este pueblo, según podemos deducir de los hallazgos arqueológicos, prestó una atención especial a la estética. En sus tumbas nos han dejado testimonio de una gran variedad de puentes hechos para reemplazar la pérdida de uno o más dientes.

La práctica usual era construir finas bandas de oro puro, soldadas entre sí, para llevar prótesis artificiales. En algunos casos los dientes, cortados por el cuello, estaban fijados a una banda de oro con remaches o pivotes. En otros casos, dientes de ternero o de buey eran utilizados para disimular la pérdida de alguno propio ¹³.

Hacia el 450 a.C. una comisión de decemviros recibió el encargo de redactar por escrito una constitución y un código que se conoce con el nombre de la Ley de las Doce Tablas. En aquel tiempo los "assidui" quemaban o enterraban a sus muertos con sus ornamentos de oro para rendirles homenaje. Pero el oro era

10.—Diocl. WELLMANN, M., *Fragmentsammlung der griechischen Ärzte I*, Berlin 1901, p. 117.

11.—Cael. Aur. *Chron.* II, 4.

12.—Cael. Aur. *TP.* 2, 4, 84.

13.—HOFFMAN-AXTHELM, W. *op. cit.*, p. 69.

escaso y los ancianos temían que esta práctica debilitara la economía del estado, de ahí que una de estas leyes, en la Tabla X, prohibiera explícitamente enterrar a los muertos con sus joyas de oro, a excepción de las ligaduras de oro que retienen los dientes. Así nos lo cuenta Cicerón: *En cuanto a la prescripción que está en la ley "que no se añada oro", ved cuán humanamente la siguiente ley hace esta dispensa. Aquél que tenga los dientes unidos con oro, ya se le queme o se le entierre, que no sea delito*¹⁴.

Cuando Grecia cae en poder de Roma, el centro de interés se desplaza: en Roma surge una nueva cultura en la que la influencia griega es clara y notoria. No se va a salvar tampoco de esta influencia la ciencia médica, hecho fácilmente comprobable si se hace un análisis detenido de la evolución de la medicina a lo largo de la época romana. Nos atrevemos a afirmar que, cuando se habla de "medicina romana", se hace de manera simbólica, pues los representantes y su influencia será griega, como es el caso de Dioscórides y Galeno entre otros. Una excepción será Escribonio Largo al que haremos referencia más tarde.

Ahora bien, al contrario de lo que ocurre en Grecia, hay que destacar el papel sobresaliente que la estética y la belleza de la boca desempeñan en la época romana y que vemos reflejado en los textos.

Celso en su obra "Sobre la Medicina" hace un análisis de las afecciones que de forma gradual pueden sufrir los dientes. Describe el dolor de dientes como el peor de los sufrimientos y pasa a dar toda una serie de remedios para su tratamiento. Establece diferentes grados de dolor y, por tanto, diferentes remedios. Una vez expuesta la terapia para las distintas clases de odontalgias, pasa a examinar el tratamiento en el caso de dientes cariados. Para él estos dientes deben tratarse y, como último recurso, cuando todo haya fallado, extraerlos. Si no se remedia

14.—Cic., *De Legibus*, II, 60.

el dolor, se procede a introducir en la cavidad del diente, pimienta, cola del pez raya y otros medicamentos, para provocar que se rompa o se mueva y que, de esta forma, sea más fácil su extracción¹⁵.

La técnica quirúrgica para la extracción dental la describe Celso con todo lujo de detalles: *Si de verdad el diente provoca dolores, y se está decidido a extraerlo porque los medicamentos no hacen efecto, se debe raspar alrededor hasta que las encías queden separadas de él y entonces hay que darle golpes. Esto hay que hacerlo hasta que se mueva completamente, pues es muy peligroso extraer un diente si está bien implantado. Hay veces en que la mandíbula se disloca. Esto es muy peligroso en los dientes superiores porque puede producir una conmoción en las sienes y en los ojos. Entonces si se puede hacer, debe extraerse el diente con la mano; en caso contrario con un forceps. Si el diente está cariado, antes se debe rellenar la cavidad con hilas o con plomo para que no se rompa bajo la presión del forceps. Se debe colocar el forceps hacia arriba recto para que el hueso delgado al que el diente está adherido por culpa de las raíces torcidas no se rompa por alguna parte. Y esta forma de proceder no está en absoluto exenta de peligro sobre todo en los dientes cortos, que tienen raíces más cortas, pues a menudo el forceps, cuando no puede sujetar el diente o se le escapa, alcanza al hueso de la encía y lo rompe. Tan pronto como salga mucha sangre, está claro que se ha roto algo de hueso. Es necesario, pues, buscar con una sonda las esquirlas del hueso que se han separado y extraerlas con un forceps pequeño. Si falla, se debe cortar la encía hasta que la esquirla perdida del hueso se encuentre. Si no se hace al momento, la mandíbula fuera del diente se endurece por lo que el paciente no puede abrir la boca...*¹⁶

También presta atención a un hecho bastante frecuente en los niños en el momento de la segunda erupción: *el que no se les caigan los primeros dientes y crezcan a la vez los nuevos*. Para ello

15.—Cels. VI, 9.

16.—Cels. VI, 11.

Celso aconseja extraer los primeros, y por medio de masajes periódicos, hacer que vuelva a su lugar el nuevo diente. Es esta una práctica ortodóncica que todavía se practica ¹⁷.

En la gran enciclopedia de las ciencias naturales que compuso Cayo Plinio Segundo, el Viejo, encontramos una gran cantidad de referencias a los dientes, sus afecciones y a los remedios para ellas. Pero su *Vademecum* se nutre fundamentalmente de recetas procedentes del mundo de la magia y la superstición, una forma de saber popular cuya incidencia en los territorios de la Odontología se traduce en su paulatino alejamiento del ámbito del conocimiento científico. Sus observaciones anatómicas, la determinación del número de dientes y su función tienen una clara influencia aristotélica y en él encontramos recogido el error de que las mujeres tienen menos dientes que los hombres ¹⁸. También recoge la tradición de los magos en la que dominan los remedios a base de distintos animales para cualquier tipo de afección o prevención de enfermedades bucales. Toda esta farmacopea está inspirada, como hemos dicho, en la medicina popular, en la magia y en la superstición. Ahora bien, estos textos hubieran sido una simple anécdota en la literatura dental, si la influencia que ejerció Plinio en la Edad Media no hubiera sido tan relevante.

Los textos siguientes hablan por sí solos:

Afirman los magos que se curan los dolores de dientes con un diente extraído de un topo vivo y colgado como amuleto ¹⁹.

Se remedian también los dolores de dientes...con las cenizas de cabezas de perros que murieron de rabia, quemadas sin carne y vertidas

17.—Cels. VII, 12.

18.—Plin. VII, 16; XI, 63.

19.—Plin. XXIV, 47.

gota a gota en aceite de alheña dentro del oído en el lugar en que está localizado el dolor.

Restriegan también los dientes con huesos extraídos de la frente de un lagarto en luna llena sin que toquen la tierra.

Las cavidades de los dientes se rellenan con ceniza de excremento de ratón o hígado seco de lagarto. Se considera eficaz un corazón de serpiente mordido o colgado como amuleto. Hay de entre ellos quienes recomiendan morder un ratón dos veces al mes y así se previenen los dolores de dientes.

Los granos de arena que se encuentran en los cuernos de los caracoles tan pronto como se introducen en las cavidades de los dientes los liberan del dolor.

Hay quienes también piensan que produce alivio una araña capturada con la mano izquierda y triturada con aceite de rosas e introducida en el oído de la parte que duela.

Aseguran que el sabor de la boca se hace más agradable si se friegan los dientes con ceniza de ratón mezclada con miel ²⁰.

La siguiente afirmación de Plinio, además de sorprendente, es única en toda la literatura dental:

Hay en los dientes de los hombres una especie de veneno, pues oscurecen el brillo de un espejo cuando los muestran delante de él y matan las crías de las palomas ²¹.

Es una constante en los escritos de Plinio su aversión hacia la medicina griega. En un reciente trabajo, "Los peligros del patriotismo: Plinio y la medicina romana", el profesor Nutton ²² hace una división clara entre la medicina popular, que sin duda defiende Plinio, y la medicina que tiene errores, desde luego, pero con una trayectoria más "científica" y con una mayor tradición, como es la griega. La medicina popular estaba basada en la magia y en la superstición, frente a la griega que

20.—Plin. XXX, 7.

21.—Plin. Plin. XI, 64.

había formado "escuela" y sus enseñanzas se habían ido transmitiendo a lo largo de los siglos. Por tanto, en caso de enfermedad se pregunta el autor del citado trabajo, qué era más aconsejable: seguir la extraña y fantástica farmacopea de Plinio, o hacer caso de Celso que se atiene a la tradicional medicina griega.

También se ocupó de la terapéutica dental Escribonio Largo, médico personal del Emperador Claudio, que constituye una excepción en el panorama de la medicina de su tiempo. Del 43 al 48 d.C. escribió sus "Compositiones Medicamentorum" dedicadas al favorito del Emperador, Calisto. Entre las sugerencias para el tratamiento de la odontalgia encontramos el siguiente pasaje: *Es deseable contra el dolor de dientes las fumigaciones con semillas de belladona o quemar carbón, todo lo cual debe de ir seguido de enjuagues de boca con agua caliente, de esta forma, a veces, se expulsan los gusanos*²³. Con él reaparece la teoría sobre la etiología de la caries provocada por el gusano que come la sustancia dental, teoría que a partir de aquí, va a ser admitida como un hecho. Con el gusano de los dientes identificaban los charlatanes errantes por la Europa del siglo XIX las hebras blancas que el vapor desprendía de las semillas de un opiáceo, la belladona. En algunos países de oriente todavía hoy se sigue manteniendo tal creencia.

Dioscórides fue médico militar de Claudio y, en sus viajes a través del mundo conocido en su época, aprendió remedios curativos tanto vegetales, como animales y minerales. Incluyó estos conocimientos en su trabajo en cinco volúmenes que llegó a ser el libro de texto de la farmacología utilizado en su tiempo y que, a través de su traducción al latín realizada en el

22.—NUTTON, V., "The perils of patriotism, Pliny and Roman Medicine", en *Science in the early Roman Empire*, Ed. R. K. French and F. Greenaway, London, 1986.

23.—Scrib. Larg. HELMERICH, G., Leipzig (T), 1987, 53.

siglo VII, continuó ejerciendo su autoridad durante la Edad Media.

En sus escritos aparece un gran número de remedios contra las odontalgias como decocciones con vinagre de las raíces de beleño, malvalisco, plátano, etc. Pero hay uno que también Celso utiliza, el veneno de una raya, pues el diente dolorido se frota con él y el dolor se calmaba: *Algunos colocan este veneno en un tubo y frotran con él el diente en la creencia de que lo hará liberarse del dolor*²⁴.

La estabilización de dientes móviles se conseguía con enjuagues que se hacían con diez ranas cocidas en tres cuartos de litro de vinagre con cien gramos de vitriolo verde y ciento cincuenta de raíz de mandrágora hasta que se evaporen las dos terceras partes del total²⁵.

Galeno, médico personal de Marco Aurelio desde 174 d.C., recopiló todo el conocimiento médico de su época en una obra gigantesca, adoptando una postura ecléctica y la adornó con todas sus opiniones y experiencias personales, derivadas de las ideas de Hipócrates. Su ingente trabajo llevó a la medicina griega a su cima y a su final, al menos en la región occidental. Su influencia fue asombrosa. A través de los árabes será de nuevo dado a conocer en la Alta Edad Media y sus teorías permanecerán durante centurias.

Describe con exactitud los dolores de muelas y establece la diferencia entre el dolor debido a la pulpa y al periodonto. Define la etiología de la caries como causa interna, y por supuesto, enumera muchos remedios para curar las afecciones de las encías y de los dientes. Para él el mejor remedio contra los dolores de encía consiste en enjuagarse la boca con aceite de lentisco moderadamente caliente o con una decocción de raíz de beleño en vinagre²⁶.

24.—Dsc. III, pp. 177 ss.

25.—Cf. n. 24.

26.—Gal. K. XII, p. 879.

Si la dentición es dolorosa aconseja dar friegas con leche de perra. Contra la odontalgía recomienda aplicaciones calientes sobre las mejillas o directamente sobre los dientes. Exteriormente pueden aplicarse en el sitio del dolor géneros bien calientes, pequeñas bolsas con sal calcinada o cataplasmas de cebada. Para actuar sobre el diente aconseja embadurnarlo con una rama de orégano empapada en aceite caliente²⁷.

Como Hipócrates tampoco es partidario de la extracción con forceps. Aconseja realizar la sindesmotomía previa y señala los dolores que a veces se producen después de la extracción de un diente.

De que él mismo sufrió dolores de muelas es claro exponente el siguiente pasaje:

A todos les parecen evidentes ciertas afecciones que tienen lugar en los dientes, por ejemplo cuando están cariados, ennegrecidos o hechos pedazos, o también cuando no soportan las cosas frías o calientes. Sin embargo, en ambos casos, no hay una manifestación suficientemente clara del dolor en ellos, como cuando el propio paciente dice que siente que el dolor en el propio cuerpo del diente se produce en la parte interna del mismo. Algunos a esto responden que el diente, al ser hueso, está afectado pero no siente dolor... Pues yo ahora quiero, prescindiendo de una demostración lógica y física, dar mi testimonio a quienes dicen que es el diente en sí el que les duele. En efecto, en cierta ocasión que sentí dolor, me presté una extremada atención, pues ya había oído hablar de esta duda, y me di cuenta con toda claridad de que no sólo duele el diente, sino que también siente latidos, exactamente igual que ocurre en el caso de inflamaciones de la partes carnosas, de forma que me extrañó el que también esta afección, que llamamos inflamación, pudiera tener lugar en el diente que tiene una sustancia semejante a la piedra y, por tanto, dura. Y es más, en otra ocasión que sufrí de los dientes, me di perfecta cuenta de que el dolor lo sentía, no en el propio diente, sino

27.—Gal. K. VI, pp. 688-689.

en las encías. Al existir inflamación en ellas, sentía dolor al presionarlas. Pero también por la proximidad de los dientes que son duros, el dolor aumentaba bajo los efectos de la presión, de forma que experimentaba los dos tipos de sensación de dolor, uno en las encías, otro en la propia sustancia del diente. Sé con toda certeza y doy testimonio a quienes dicen que los dientes son los que en sí duelen, de que el dolor tiene su origen en el nervio que desciende hasta la raíz del diente, nervio que produce a la mayoría la sensación confusa e indistinta de que es el propio diente el que sufre dolor, lo cual está dentro de la lógica²⁸.

Al principio de mi exposición he hablado de los dos motivos que, a mi entender, están en la base de la Odontología: el dolor y la belleza. Del primero ya nos hemos ocupado, pasemos ahora a considerar el segundo: la belleza. En Roma, donde se presta una atención especial a la estética, tiene ya una gran importancia la higiene bucal y también la reposición de las piezas perdidas. La prótesis, aunque no estaba en manos de los médicos, sino en la de otros profesionales, como los joyeros, adquiere carta de naturaleza. Bien cierto es que estas prótesis no servían para masticar, pero por lo menos, con su uso, reemplazaban el lugar de los dientes perdidos y se restablecía la estética. Quizás sea ésta la causa por la que la poesía de la época satiriza con insistencia la pérdida de los dientes y el uso de la prótesis.

Los poemas de Marcial, Horacio, Ovidio y Catulo, nos dan un fiel reflejo del estado bucal de la sociedad de su época.

Marcial, que ridiculiza el uso de la dentadura postiza, es fiel indicador de cómo la utilización de las prótesis dentales era una práctica habitual en la época.

¿Crees Fidentino, que tú puedes ser poeta y deseas ser considerado como tal gracias a mis versos? De la misma manera se cree Egle que

28.—Gal. K. 848-849.

tiene dientes por el hecho de haber comprado unos huesos y marfil²⁹.

*Tais tiene los dientes negros, Lecania blancos como la nieve. ¿Cuál es la razón? Esta tiene unos comprados, aquélla los suyos*³⁰.

*Aunque tú permanezcas en casa y se te engalane en el centro de la Suburra y se te fabriquen, Gala, los cabellos que te faltan y por la noche te quites los dientes de la misma manera que las prendas de seda...*³¹.

*Utilizas dientes y cabellos, Lelia, y no te da vergüenza, comprados. ¿Qué harás con tu ojo, Lelia? No se compra*³².

Horacio también nos habla de dentadura postiza y nos refiere el suceso ocurrido a dos viejas que salieron huyendo de un fantasma y en su escapada *una perdió sus dientes, otra la peluca*³³.

La pérdida de dientes y el efecto estético que producen son, cómo no, objeto de burla y de sátira constante. Marcial dice:

*Si recuerdo bien, tenías, Elia, cuatro dientes: una primera tos te echó fuera dos y otra otros dos. Ya puedes toser tranquila durante días enteros: una tercera tos no tiene nada que hacer ahí*³⁴.

*Aquéel que está tumbado en el último lugar del lecho del medio, que presenta rastros de pomada en su calva, que tiene tres pelos y escarba su boca entreabierto con espinas de lentisco, nos engaña, Efulano: no tiene dientes*³⁵.

29.—Mart. I. 72. Para la traducción nos hemos servido de la edición realizada por Dulce Estefanía, Madrid, 1991.

30.—Mart. *op. cit.*, V, 43.

31.—Mart. *op. cit.*, IX, 37.

32.—Mart. *op. cit.*, XII, 23.

33.—Hor. *Sermones*, I, 8, 48-50.

34.—Mart. *op. cit.*, I, 19.

35.—Mart. *op. cit.*, VI, 74.

Los romanos por su dieta padecían con frecuencia de halitosis que trataban con lentisco y con hierbas aromáticas, Marcial también escribe sobre el tema:

*Para no oler mal cargada por el vino de ayer, Fescenmia, tragas con avidez pastillas de Cosmo. Ese desayuno limpia tus dientes pero no surte ningún efecto cuando un eructo sube desde el fondo de tu vientre. ¿Y qué, si te digo que la fetidez mezclada con el perfume huele peor y el doble olor de tu aliento llega más lejos? Suprime ya esos engaños demasiados conocidos y esas trampas que ya se te han descubierto y se borra con naturalidad*³⁶.

*Dices que a los abogados y a los poetas les huele mal la boca, Zoilo, ...*³⁷.

Los consejos amorosos de Ovidio encaminados a procurar un final feliz en las relaciones amorosas, no ignoraban la importancia que en tales menesteres tiene la higiene, hasta la de la boca. Entre estos consejos nos interesan los siguientes: A las jóvenes:

*¡Qué a punto he estado de advertiros que os cuidárais del olor a macho cabrío en los sobacos y que vuestras piernas no se os pusieran ásperas de inhiestos pelos! Pero no estoy dando lecciones a las mujeres de las rocas de Cáucaso, ni que beban tus aguas Caico de Misia ¿Y si os aconsejo que la suciedad no ennegrezca vuestros dientes y que os lavéis la cara por las mañanas?*³⁸.

*La que tenga los dedos gordos y las uñas desiguales, que haga pocos gestos con las manos cuando hable; la que tenga mal aliento, que nunca hable en ayunas y que siempre se mantenga a cierta distancia del rostro del hombre...*³⁹.

36.—Mart. *op. cit.*, I, 87.

37.—Mart. *op. cit.*, XI, 30.

38.—Ov. *AA*, III, 195-200. La traducción que hemos utilizado es de V. Cristóbal, Madrid, 1989.

39.—Ov. *op. cit.*, III, 275-280.

Y a los jóvenes:

*Que la lengua no se quede tiesa; veanse libre de sarro tus dientes y que un mal corte de pelo no te deforme la cabellera, dejándotela erizada: hazte cortar el pelo y afeitarte la barba por una mano experta; no te dejes crecer las uñas y llévalas limpias, y que no haya ningún pelo en los orificios de tu nariz, ni sea hediondo el aliento de tu maloliente boca, y que el semental y padre del rebaño no ofenda el olfato...*⁴⁰.

¿Qué remedios se utilizaban para evitar la halitosis y llevar a cabo la limpieza dental? Al no existir los cepillos, eran de uso común los escarbadientes hechos con huesos o plumas de animales o con espinas de determinadas plantas, como el lentisco. Vuelve Marcial a referirse al empleo del escarbadientes:

*...Un esclavo junto a él (Zoilo) le ofrece cuando eructa plumas rojas y espinas de lentisco para escarbarse los dientes*⁴¹.

*Mejor una púa de lentisco: pero si te falta un palillo afilado, puedes limpiar los dientes con una pluma*⁴².

Desde Barcelona llegaba hasta Roma un dentífrico hecho a base de piedra pómez y orina de español. De una forma empírica estaban utilizando algo que está en la base de los dentífricos actuales: la urea.

Catulo en su poema a Lesbia dice:

*Todos la amáis, todos los buenos y felices, y lo que es indigno, todos los cualesquiera y los ligones de callejón y tú, sobre todo, modelo de los cabelludos, hijo de la conejera Celtiberia, Egnacio, a quien embellece una espesa barba y una dentadura fregada con ibéricos meados*⁴³. Para añadir más tarde:

40.—Ou. *op. cit.*, I, 516-520.

41.—Mart. *op. cit.*, III, 82.

42.—Mart. *op. cit.*, XIV, 22.

43.—Cat. 37. La traducción es de J. Petit, Barcelona, 1975.

*Egnacio, porque tiene los dientes blancos ríe en todo momento... Pero eres celtibero. En tierra celtibera con lo que cada uno orinó, suele fregarse por la mañana los dientes y las encías hasta enrojeceras, de modo que cuanto más brillante está esa dentadura tuya, más orines proclamas que has bebido*⁴⁴.

Si para Celso el dolor de muelas era el peor de los tormentos para Marcial era motivo suficiente para no tener relaciones sexuales:

*Lupercó ama a la hermosa Glicera y él solo la posee, él solo la domina. Como se quejase, entristecido, de que no había cohabitado con ella en todo un mes, y quisiese, cuando Eliano le preguntó, darle una explicación, respondió que a Glicera le dolían los dientes*⁴⁵.

El saber enciclopédico inaugurado con la Historia Natural de Plinio el Viejo, inmenso registro de los descubrimientos, las artes y los errores de la humanidad, sobrevive como libro de texto hasta el siglo XII y a su influencia debemos las compilaciones de Beda el Venerable, Alcuino de York y Rábano Mauro.

En España Isidoro de Sevilla dedica el cuarto libro de sus Etimologías a una revisión de los términos médicos. Describe la dentición usando el término *praecisores* por incisivos, porque era el término utilizado por San Agustín. A los caninos llama convencionalmente *canini* y utiliza para ellos un término adicional, *colomelli*, columnitas, un coloquialismo que ha quedado entre nosotros como colmillos. No diferencia molares de premolares y repite el error de Aristóteles de que el hombre tiene más dientes que la mujer y además se equivoca al atribuir a la gingiva la formación del diente, al dar una etimología errónea,

44.—Cat. *op. cit.*, 39.

45.—Mart. *op. cit.*, XI, 40.

pues afirma *gingivae a gignendis dentium nominatae*: la gíngiva recibe este nombre porque da origen a los dientes ⁴⁶.

La práctica médica en Europa durante la Alta Edad Media estuvo reservada a médicos judíos y árabes, herederos del antiguo saber. La sanitaria era ejercida por *sanatores* ambulantes, generalmente charlatanes y farsantes, cuyos remedios eran desaprobados por los padres de la Iglesia que pensaban que era mejor ayunar y rezar que creer en el poder curativo de amuletos paganos.

Sin embargo, poco a poco, los monjes empezaron a practicar la medicina, dejando en algunos casos a un lado sus obligaciones clericales. Quizás estas negligencias hicieron que la Iglesia comenzara a promulgar edictos para limitar tales actividades seculares. Los dos primeros fueron en Clermont en 1130 y en Rheims 1131. El concilio Laterano publicó un tercero y el más importante, el de Tours, en 1163, declaró que en lo sucesivo estaría prohibida para el clero la práctica de la medicina. El famoso dicho *Ecclesia abhorret sanguine*, del Concilio de Tours, trae como consecuencia el que sea incompatible provocar sangre con el sagrado oficio de clérigo. El efecto se extiende fuera de los muros de los monasterios y a partir de entonces los cirujanos fueron considerados una casta inferior dentro de la medicina.

El clero queda, entonces, apartado de la práctica quirúrgica y este oficio cae en manos de los barberos que con anterioridad habían ayudado a los monjes en sus tareas quirúrgicas. Estos barberos eran llamados con frecuencia a los monasterios cuando estaban prohibidas las barbas. Afeitaban a los monjes y les cortaban el pelo de acuerdo con las normas de cada orden. Los barberos pronto se dieron cuenta de la importancia de su actividad y realizaron muchas clases de cirugía, como cataratas,

46.—Isidoro de Sevilla: *Etymologiarum sive Originum*. 11, 1, 53.

piedras en la vejiga, abscesos por herida, sangrías y, cómo no, extracciones dentales.

A partir de aquí nuestras referencias se van a limitar exclusivamente a España. Sería muy extenso abarcar todo el proceso de evolución de la Odontología en el mundo occidental. Creemos más interesante un acercamiento a nuestra práctica profesional en los siglos que preceden a su consolidación como especialidad autónoma.

En la literatura médica española anterior a 1557 no encontramos ninguna referencia notable a temas específicamente dentales. Cabría destacar a Arnaldo de Vilanova, célebre médico nacido en Cervera hacia 1240, que escribió tratados de medicina en los que da remedios absurdos contra el dolor de muelas, como coger el diente de un muerto y tocar con él el diente dolorido. En algunos documentos del Archivo de la Corona de Aragón consta que el rey Pedro III tenía un dentista a su servicio y que otorgó a Petrus Poncii, que se había examinado en Valencia, un permiso especial para ejercer el arte de Santa Apolonia ⁴⁷.

Pero la ausencia de una literatura científica sobre el tema no impedía que las muelas dolieran o se cayeran, y que hubiera que extraerlas, limpiarlas o cuidarlas. La literatura del período constituye un testimonio de primera mano, una estadística no contrastada, que nos acerca a los problemas que padecían con más frecuencia.

Detengámonos un momento, a caballo entre la Edad Media y el Renacimiento, en la Celestina.

Utiliza Celestina el dolor de muelas que sufre Calisto para decir a Melibea:

47.—Arnaldus de Villanova: *Breviarium practice*, Mediolani 1483, I, 34.

*Una oración, señora, que le dijeron que sabías de Santa Apolonia para el dolor de las muelas*⁴⁸.

Celestina está hablando a Melibea de las virtudes de Calisto y le dice que necesita esa oración ya que: *Todo junto (Calisto) semeja Angel del cielo. Por fe tengo que no era tan hermoso aquel gentil Narciso, que se enamoró de su propia figura, cuando se vido en las aguas de la fuente. Agora, señora, tiénele derribado una sola muela, que jamás cesa de quejar*⁴⁹.

No hay remedios farmacológicos para el dolor, sólo se utiliza una oración. Pero hay un fármaco cuyas virtudes alaba Celestina, el vino: *Quita la tristeza del corazón, más que el oro ni el coral; esto da esfuerzo al mozo y al viejo fuerza, pone color al descolorido, coraje al cobarde, al flojo diligencia, conforma los celebros, saca el frío del estómago, quita el hedor del anélito, hace potentes los fríos, hace sufrir los afanes de las labranzas, a los cansados segadores hace sudar toda la agua mala, sana el romadizo y las muelas*⁵⁰. Malas son las consecuencias de la vejez y Celestina las enumera:

*Quién te podría contar, señora, sus daños, sus inconvenientes, sus fatigas, sus cuidados, sus enfermedades, su frío, su calor, su descontentamiento, su rencilla, su pesadumbre, aquel arrugar de cara, aquel mudar de cabellos su primera y fresca color, aquel poco oír, aquel debilitado ver, puestos los ojos a la sombra, aquel hundimiento de boca, aquel caer de los dientes...*⁵¹.

El diente de muerto, que según Arnaldo de Vilanova, curaba el dolor de muelas, se convierte en diente de ahorcado, un remedio contra el dolor, pero también un botín muy apreciado por las brujas. Cuando Celestina está hablando de la madre de

48.—Fernando de Rojas: *La Celestina*, ed. D. S. Severin, Madrid, 1983, p. 97.

49.—Fernando de Rojas: *Op. cit.*, p. 101.

50.—Fernando de Rojas: *Op. cit.*, p. 144.

51.—Fernando de Rojas: *Op. cit.*, p. 90.

Pármemo dice: *Una cosa te diré, porque veas qué madre perdiste; aunque era para callar. Siete dientes quitó a un ahorcado con unas tenacicas de pelar cejas, mientras yo le descalcé los zapatos*⁵².

El período humanístico renacentista, entre el final del 300 y el 500 reivindica una cultura más libre y abierta a los problemas reales de la vida política, civil y social del hombre. Dos nuevas formas de conocimiento pueden ser perfectamente compatibles: la investigación histórica como posibilidad de conocer en un momento dado lo que sabían nuestros predecesores y el desarrollo del estudio de la naturaleza basado en la experiencia y en la razón. En este contexto, se hace imprescindible la asimilación de la ciencia griega y la recuperación de obras desconocidas a través del privilegio del texto original, frente al uso que hasta entonces se había hecho de tratados latinos derivados o compilaciones árabes y comentarios medievales. Se tiende entonces a destruir la imagen y la identificación tradicional de la cientificidad a través de la valoración de la investigación de la naturaleza de tipo pre-científico de derivación tardo-medieval, lo que constituye un preludio de las investigaciones empíricas en sentido moderno de las "demostraciones ciertas".

Comienzan a aparecer traducciones realizadas sobre el original clásico con un escrúpulo filológico inusitado. El tratado De medicina de Celso se imprime en 1478 y en 1526 hay una traducción completa de Hipócrates con el texto en griego. El último cuarto del XV conoció la difusión de la traducción latina de algunas obras de Galeno, que antes se habían manejado a través de la traducción latina de versiones árabes del original griego. En 1525 y en 1528 ven la luz dos ediciones completas del Corpus en griego. La obra que más fortuna tuvo fue la Historia Natural de Plinio, de la que se hicieron quince ediciones en latín y tres en italiano en el 400 y cuarenta en latín y traducción en todas las lenguas europeas en el 500.

52.—Fernando de Rojas: *Op. cit.*, p. 122.

De esta forma, a lo largo del siglo XVI, está recopilada y disponible la ciencia médica en los autores griegos y latinos, un trabajo de recuperación esencial para el progreso de los estudios científicos. Una vez en posesión de este bagaje, el humanismo reinterpreta el patrimonio epistémico-científico griego, base de la futura evolución del conocimiento científico. Surge, entonces, una actitud crítica hacia los textos clásicos y por tanto la crisis de la auctoritas como base del conocimiento científico. La ruptura con la auctoritas del texto clásico se realiza también en el terreno del pensamiento científico y es en esta dirección en la que se van a producir las más importantes rupturas con el saber tradicional, la crisis epistemológica de la ciencia moderna ⁵³.

En 1557 se publica una obra en castellano cuyo título es "Coloquio breve y compendioso sobre la materia de la dentadura y maravillosa obra de la boca". Su autor es el bachiller Francisco Martínez ⁵⁴.

El bachiller Francisco Martínez era dentista del Rey Felipe II. Tuvo a su cargo y dedica su obra al malogrado Príncipe D. Carlos, inmortalizado por Schiller y por la ópera de Verdi. El rey lo distinguió siempre y además de ser un gran médico y un experto profesional era hombre muy culto, sabía latín y griego y los idiomas europeos y en medicina había estudiado a Hipócrates, Galeno y los autores de su tiempo.

53.—GARCÍA GONZÁLEZ, J. M.ª, "El pensamiento científico en el humanismo renacentista: Tradición y superación de los modelos greco-latinos", en *Humanismo renacentista y mundo clásico*, Madrid, 1991. pp. 107-130.

54.—Bachiller Francisco Martínez de Castrillo: *Coloquio breve y compendioso sobre la materia de la dentadura y maravillosa obra de la boca*. Madrid, 1975. Hemos utilizado la edición facsímil realizada por D. Pedro García Gras, Catedrático que fue de la Escuela de Estomatología de Madrid, y a quien le debemos la publicación de este tratado, propiedad particular de D. Florestán Aguilar, que, a su muerte, fue cedido por su viuda, junto con toda su biblioteca, a dicha Escuela de Estomatología. Como homenaje a ellos, cada vez que nos refiramos al Coloquio, aparecerá el n.º de página de esta edición, no los folios.

Una lectura detenida de su obra nos permite adentrarnos en la situación en la que se encontraba la Odontología en la España de esta época.

Comienza el libro con la licencia que otorga el rey para su publicación y en la que podemos leer:

Nos fue hecha relación que vos con diligencia habiades compuesto un libro que trata de la salud y limpieza de la boca y conservación de la dentadura en el cual dáis orden y manera cómo se debe aderezar la dentadura y curar la boca para quitar abusos y engaños que hay en el arte y ejercicio dañosos para la república, por cuya causa muchas gentes antes de tiempo pierden la dentadura ⁵⁵.

En el prólogo a la obra, aunque el autor reconoce los adelantos en anatomía y farmacología, sin embargo se queja de la poca atención que se presta al estudio de los dientes.

Y de la boca solamente (o por mejor dentadura) han hecho poco caudal y cuenta. Antes bien, como cosa que no es de provecho la han desterrado de los términos y límites de la medicina y privado de sus beneficios. Y los médicos y cirujanos están ya tan fuera de ellos que ni los pacientes los llaman ni ellos los procuran. A cuya causa hay tantos abusos, engaños, errores, descuido y mala orden de curar que pierde infinidad de gente la dentadura antes de tiempo... Por no haber querido los doctos tomar en ello la mano, dejándolo en lenguas de ensalmaderas y en poder de gente sin ciencia ni arte ⁵⁶.

El libro, dividido en cuatro Tablas o capítulos, está compuesto en forma de diálogo, y el personaje principal es un tal Valerio que llega a Valladolid para asuntos de negocios, después de haber viajado por diferentes países.

Se encuentra con Ramiro, antiguo sirviente en la hacienda de su padre. Ramiro tiene un niño pequeño de dos años y medio,

55.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 14- 15.

56.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 18.

afectado de grandes calenturas y a punto de morir por la erupción de los dientes.

Esta será la excusa para entablar el diálogo sobre las enfermedades de los dientes. Aquí Valerio actúa en todo momento como el instructor, mientras Ramiro y su familia, que más tarde harán acto de presencia, representan las creencias, dudas, supersticiones e incluso ignorancia del pueblo en esta materia.

Ramiro atribuye el dolor de boca del niño al calor que le sale del estómago, lo que provoca la contestación de Valerio:

*Como esos son los engaños que hay en este mal de boca y dentadura, yo te prometo que no me trae otra cosa a Valladolid*⁵⁷.

Al hilo de la conversación nos enteramos de que Valerio tiene dos hermanas, Eulalia y Domicia. Al regresar de su viaje a Flandes e Italia, acompañando al rey, se encuentra con la desagradable noticia de que la primera ha muerto y Domicia se ha metido a monja, cosa de todo punto extraña, pues ella había afirmado con insistencia aquello de *antes muerta que monja*⁵⁸.

La explicación es bien clara: *Los dientes se le han corrompido de negujón que llaman, y como ella se preciaba de tan hermosa, quedó tan descontenta de verse así, que todo el mundo no basta a estorbárselo porque dice que no será posible que nadie la quiera, y no será bien casada. Y hablando la verdad no le falta razón porque le huele la boca a media legua*⁵⁹.

Todos somos de la cofradía de los malos dientes, le contesta Ramiro que con ingenuidad cree que a lo que vienen a Valladolid el hijo de su antiguo señor es a comprar dientes para su hermana.

¿Por ventura venís por algunos dientes postizos? Porque yo sé de algunos que los venden.

57.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 44.

58.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 47.

59.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 47-48.

Y Valerio le responde indignado:

*Da tú al demonio tal remedio, que eso acabó de echar a perder a mi hermana que se le comieron dos solos y por poner aquéllos los vino a perder todos*⁶⁰.

Comienza así la descripción de la técnica que se seguía para este menester.

*Para poner un diente, lo atan a dos, y con la fuerza que se hace para sujetarlo, atan y desatan, se les rompe el hilo, con lo que empiezan a moverse los otros. En resumen que por estar un año con un diente postizo, vienen a estar toda la vida sin los naturales*⁶¹.

Más tarde se hace referencia a la higiene bucal. Si dijimos que para Teofrasto era una virtud el lavarse la boca, aquí la cosa ya cambia. El limpiarse los dientes es motivo de escándalo hasta el punto de que a una cuñada de Ramiro la quisieron apedrear sus parientes, y él el primero, por lavárselos; era viuda reciente y creyeron que quería casarse sin haber guardado el luto. Había que llevar un negro riguroso.

¿Qué medidas higiénicas aconseja el Bachiller para mantener un buen estado bucal?

En primer lugar cuidar de que los dientes no crien tova y, si se forma, limpiarla con tea o lentisco, si no con oro, plata o hierro, según su grado de intensidad, pues *la tova gasta las encías, las enflaquece y si se deja crecer, puede corromper el diente, lo que hace que produzca mal olor de boca*⁶². Volvemos a encontrar la utilización del escarbador o palillo de dientes.

En segundo lugar, *si el diente se empieza a corromper, hay que tratarlo al principio, porque si la corrupción llega al interior, hay que sacarlo, antes de que se pudra el compañero. La extracción no será problema porque el espacio se recupera*⁶³.

60.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 49.

61.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 50.

62.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 124.

63.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 125.

Hay dos cuestiones a las que presta una especial atención el bachiller Martínez en su libro: el negujón y la tova.

El negujón o caries es cuando *el hueso del diente o muela se corrompe*⁶⁴. Hay para él tres clases de negujón, el negro, el blanco y cuando el diente se vuelve carnosos y tiernos. Basa su clasificación en la teoría humoral de Hipócrates.

Ya hemos visto cómo la literatura dental atribuye la caries a la presencia del gusano de los dientes. Martínez será el primero que eche abajo esta teoría.

Estamos ya en casa de Ramiro y una pariente suya está aquejada de negujón. Ramiro afirma que nunca se casaría con una mujer así pues *hinchérame la cama de gusanos*⁶⁵.

A lo que Valerio contesta: *Digo que en el negujón no hay gusanos sino que es una corrupción que hay en el diente o muela y desto tienen harta experiencia y son buenos testigos los barberos y maestros de sacar muelas, que ninguno de ellos podría decir con verdad que halló en muela ni diente gusano, si no fuere alguno que quiere burlar. Aquellas peloticas de cera con que sahuman tienen cierta simiente de beleño y porrino o cebollino y cuando sahuman o ya que aquellos gusanos están en la simiente y con el calor salen y se caen en las escudillas o que del vaho de la boca y el humo del sahumero se hace inmediatamente, como se suele hacer de las pavesillas de la candela corriendo cierto aire si las sacuden se vuelven mariposillas. Pues el diente es tan seco que no tiene humedad, ni materia que se puedan engendrar gusanos; porque todo lo que vive es por calor y humedad y lo que muere, por sus contrarios, frío y seco, como es en el diente, de cuyo podricimiento no se puede engendrar cosa viva*⁶⁶.

Sin embargo esta afirmación no sirvió para nada, pues la

64.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 145 ss.

65.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 155.

66.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 155 ss.

creencia en el gusano permaneció en la literatura científica hasta principios del siglo XX.

Otro tema del que se ocupa y al que nos vamos a referir por último es lo que hoy conocemos con el nombre técnico de tártaro o vulgarmente sarro o tova.

Según la creencia popular la tova no se debe quitar porque ayuda a sustentar el diente. *Ansí como un apoyo sustenta una pared, cuando quiere caerse, ni más ni menos, al diente la tova*⁶⁷.

En contra de esta teoría está Valerio: *Harto mala comparación. No hay cosa que más daña a las encías y dentadura, y más fea y asquerosa ponga la boca y peor olor o aliento que la tova*⁶⁸.

Según explica él, si se deja crecer se hace una plasta tan grande y se enflaquecen las encías hasta tal punto que la mayor fuerza de los dientes y quien los sustenta, es la tova.

Cuando la tova se hace tan espesa que ha prendido todos los dientes, hasta el punto de que no hay separación entre unos y otros, y el técnico intenta quitarla, a la vez que la tova quita el diente y de ahí el error de concepto. Hasta tal punto llega, que como dice Valerio, *si la tova fuera plata, yo os prometo que tan rica estuviera España de dineros, como ahora está pobre de buenas bocas*⁶⁹.

La solución que da Valerio es limpiarse los dientes después de las comidas y por las mañanas. También son aconsejable los mondadientes de plata y que sea el propio barbero cuando vaya a arreglar las barbas cada mes o dos meses quien quite la tova. Es curioso pues da el nombre del establecimiento: *Destos mondadientes tiene la industria Miguel Sánchez platero, en el Corral de la Lopera, aquí en Valladolid*⁷⁰.

67.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 216 ss.

68.—*Cfr.* n. 67.

69.—*Cfr.* n. 68.

70.—Francisco Martínez del Castrillo: *Op. cit.*, p. 226.

Tanto éxito tuvo el libro que se hizo una segunda edición resumida, un "Tratado breve" en 1570, que el autor dedicó a Ana de Austria, la cuarta y última esposa de Felipe II. Ocupa el primer lugar entre los tratados dedicados a la enseñanza de las clases populares en temas dentales del siglo XVI.

Este repaso por la literatura dental termina con el Barroco, época que López Piñero califica como de aislamiento de la actividad científica española con respecto a las corrientes europeas⁷¹.

No es el momento de analizar las causas del deterioro de la ciencia española, aunque entre las más importantes podemos destacar la represión que por razones religiosas, políticas y sociales sufrió el conocimiento científico en todos los ámbitos del saber. No queda fuera la medicina y por tanto la Odontología. Los avances conseguidos por el Bachiller Martínez sufren un terrible retroceso, hasta el punto que sólo nos queda una obra del napolitano, afincado en España, Juan Bautista Xamarro, titulada "Tratado de la dentadura, sus enfermedades y remedios". Está dedicada al futuro Rey Felipe III y se fecha en 1597. Este texto es un plagio descarado de la obra de Martínez de Castrillo⁷².

Igual que la Celestina nos retrata las costumbres de su época, dos autores: Cervantes y Quevedo, representantes del siglo de Oro español, en lo que a las letras se refiere, no a las ciencias, son claros exponentes y mejores transmisores del estado bucal de la España del siglo XVII.

Las enfermedades de los dientes que encontramos en el Quijote son fundamentalmente el neguijón y el reuma o corrimiento.

71.—LÓPEZ PIÑERO, J. M.^a, *Ciencia y técnica en la Sociedad española de los siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1979, pp. 371 ss.

72.—CARRERAS PACHÓN, A., "La Odontología en España durante los siglos XVI y XVII", *Cuadernos de Historia de la Medicina Española*, XIV (1975) 43-54.

El catarro, que lo podemos interpretar como un proceso periodontal agudo, lo padece Doña Rodríguez, y lo cuenta en la escena que tiene lugar en el Palacio de los Duques:

*Mi alma tengo en las carnes y todos mis dientes y muelas en la boca, amén de unos pocos que me han usurpado unos catarros, que en tierras de Aragón son tan frecuentes*⁷³.

En el Quijote se hace referencia a la importancia de los dientes y a la necesidad de su conservación.

Vamos a situar la escena. D. Quijote ha dejado la venta donde estaba Maritornes, sale con Sancho al campo y cree ver el ejército de Alifanfarón de Trapobana, en lo que, como le decía Sancho, sólo eran rebaños de borregos. Arremete D. Quijote alanceando a las ovejas cuando... *Llegó en esto una peladilla de arroyo y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo, viéndose tan maltrecho, creyó sin duda que estaba medio muerto y acordándose de su licor (el bálsamo de Fierabrás), sacó su alcuza y púsola en la boca, y comenzó a echar licor en el estómago, mas antes que acabase de envasar lo que a él le parecía que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno, que se la hizo pedazos, llevándose de camino tres o cuatro dientes y muelas de la boca....* Cae D. Quijote al suelo y Sancho se le acerca y lo cree muerto, pero al ir a retirarse le dice: *Pero no vayas ahora, que he menester tu favor y ayuda, llégate a mí y mira cuántas muelas y dientes me faltan, que me parece que no me ha quedado ninguna en la boca. Llegóse Sancho tan de cerca, que casi le metía los ojos en la boca, y fue a tiempo que ya había obrado el bálsamo en el estómago de D. Quijote, y al tiempo que Sancho llegó a mirarle la boca, arrojó de sí, más recio que una escopeta, cuanto dentro tenía, y dio con todo ello en las barbas del compasivo escudero.*

— *Pero deme acá la mano, y atiéntame con el dedo, y mira bien*

73.—Miguel de Cervantes, *El Quijote*. Ed. J. J. Allen, Madrid, 1991. Libro II, cap. XLVIII.

cuántos dientes y muelas me faltan de este lado derecho, de la quijada alta, que allí siento el dolor. Metió Sancho los dedos y estándole tentando le dijo:

— *¿Cuántas muelas solía tener su merced en esta parte? Cuatro, respondió D. Quijote, fuera de la cordal, todas enteras y muy sanas.*

— *Mire bien su merced lo que dice, le respondió Sancho.*

— *Digo cuatro, si no eran cinco, porque en toda mi vida me han sacado diente ni muela de la boca, ni se me ha caído ni comido de nequijón ni de reuma alguna.*

— *Pues en esa parte de abajo, no tiene vuesa merced más de dos muelas y media, en la de arriba, ni media ni ninguna, que toda está rasa como la palma de la mano.*

— *¡Sin ventura yo!, dijo D. Quijote, más que quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada, porque te hago saber, Sancho, que la boca sin muelas es como molino sin piedra y que en mucho más se ha de estimar un diente que un diamante*⁷⁴.

Porque el aspecto de los dientes era algo importante, los dientes de Balerna son: *Ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras*⁷⁵.

Cuando Sancho es nombrado Gobernador, el labrador de Miguel Turra, contándole cómo era su futura nuera, le dice: *Es tan limpia, que por no ensuciar la cara, trae las narices, como dicen, arremangadas, que no parece sino que van huyendo de la boca, y, con todo esto, parece bien por extremo, porque tiene la boca grande, y a no faltarle diez o doce dientes y muelas, pudiera pasar y echar raya entre las más bien formadas*⁷⁶.

En lo que respecta a la higiene bucal, encontramos dos hábitos,

74.—Miguel de Cervantes: *Op. cit.*, Libro I, cap. XVIII.

75.—Miguel de Cervantes: *Op. cit.*, Libro II, cap. XI.

76.—Miguel de Cervantes: *Op. cit.*, Libro II, cap. XLVII.

el enjuagarse la boca y el uso del palillo de dientes, de moda ya en la época romana. En la conversación de D. Quijote con su sobrina dice: *Yo te prometo, sobrina, que si estos pensamientos, caballerescos no me llevan tras de sí todos los sentidos, que no habría cosa que yo no hiciese, ni curiosidad que no saliese de mis manos, especialmente jaulas y palillos de dientes*⁷⁷.

Benengelli dice refiriéndose al uso del palillo de dientes como instrumento de distinción, utilizado como justificante de una comida: *¡Miserable del bien nacido que va dando pistos a su honra, comiendo mal y a puerta cerrada, haciendo hipócrita al palillo de dientes con que sale a la calle después de no haber comido cosa que le obligue a limpiárselos!*⁷⁸.

El Ama y el Bachiller Sansón Carrasco mencionan en varias ocasiones la misma Oración a Santa Apolonia⁷⁹, para los dolores de muelas, que habíamos encontrado en la Celestina.

Pero cuando Altisidora maldice a D. Quijote le desea:

*Si te cortares los callos
sangre las heridas viertan,
y quédente los raigones
si te sacares las muelas*⁸⁰.

De todos es conocida la influencia de la sátira latina en la poesía de D. Francisco de Quevedo. Al igual que Marcial, Juvenal u Horacio, en su poesía satírica y burlesca las referencias a las bocas de sus amigos y sobre todos a las de sus enemigos y enemigas, son constantes y, por el realismo y la crudeza de sus descripciones, constituyen un excelente catálogo, casi visual, de la situación sanitaria de las bocas del Siglo de Oro.

77.—Miguel de Cervantes: *Op. cit.*, Libro II, cap. VI.

78.—Miguel de Cervantes: *Op. cit.*, Libro II, cap. XLIV.

79.—Miguel de Cervantes: *Op. cit.*, Libro I, cap. VII.

80.—Miguel de Cervantes: *Op. cit.*, Libro II, cap. LVII.

Abundantes son los versos donde Quevedo ridiculiza la escasez de dientes o la falta de ellos:

*Dos colmillos comidos de gorgojo,
una boca con cámaras y pujo,
a la que rosa fue vuelven gorgojo*⁸¹.

Este otro:

*Una boca de infierno,
con sendos bordes por labios
donde hace santa vida
un solo diente ermitaño*⁸².

En la Pintura de la mujer de un abogado, abogada ella del demonio leemos:

*El diente que viene a ser
el tronco de ovas vestido,
y los raigones tras él,
diciendo "Aquí fue colmillo";
quijada de pie de cruz,
donde el güeso fugitivo,
dejó casas de panal,
y por muelas, orificios*⁸³.

O el mañoso artificio de vieja desdentada:

*Quejaste, Sarra, de dolor de muelas,
porque juzgamos que las tienes, cuando
te duelen por ausentes, y, mamando,
bocados sorbes y los sorbos cuelas.*

81.—Francisco de Quevedo: *Poemas escogidos*. Ed. de J. M. Blecua, Madrid, 1989, 129.

82.—Francisco de Quevedo: *Op. cit.*, 166.

83.—Francisco de Quevedo: *Op. cit.*, 170.

*De las encías quiero que te duelas,
con que estás el jigote aporreando;
no llames sacamuelas: ve buscando,
si no le puedes hallar, un sacaabuelas.*

*Tu risa es, más que alegre, delincuente;
tienes sin huesos pulpas las razones,
y el raigón de mascar, lugarteniente.*

*No es malo, en amorosas ocasiones,
el no poder jamás estar a diente,
aunque siempre te falten los varones*⁸⁴.

Encontramos una referencia a la prótesis en el poema en el que como dote lleva sólo tres dientes de regalo:

*Ella es verdad que es vieja, pero fea,
docta en endurecer pelo y sombrero;
faltó el ajuar, y no sobró el dinero,
mas trújole tres dientes de librea*⁸⁵.

De igual forma el buen estado bucal era muy tenido en cuenta a la hora de relaciones sociales. En las advertencias de una dueña a un galán pobre dice Quevedo:

*Ser gentil hombre un cristiano
nada vale y bien parece;
la moneda es pantorrillas,
ojos, cabello y dientes*⁸⁶.

Así también nos lo muestran los versos en los que una tía da consejos a una muchacha y ella le responde:

84.—Francisco de Quevedo: *Obra Poética*, Ed. J. M. Blecua, Madrid, 1969, 526.

85.—Francisco de Quevedo: *Op. cit.*, 118.

86.—Francisco de Quevedo: *Op. cit.*, 161.

*Muestro a mis pretendientes
dientes y muelas:
danles alabanzas,
quieren meriendas*⁸⁷.

Quevedo, orgulloso de su buena dentadura, la compara con los pecados de una dama:

*Como son tus pecados, son mis dientes,
espesos, duros, fuertes al remate,
en el morder de todo diligentes*⁸⁸.

El dentista siempre ha sido motivo de mofa, chanza y crítica destructiva, así nos lo hace saber nuestro autor en el siguiente poema:

*¡Oh tú, que comes con ajenas muelas,
mascando con los dientes que no mascas,
y con los dedos gomias y tarascas
las encías pellizcas y repelas;*

*tú, que los mordiscones desconsuelas,
pues en las mismas sopas los atascas,
cuando el migajón corren borrascas
las quijadas que dejas bisabuelas;*

*por tí reta las bocas la corteza,
revienta la avellana de valiente,
y su cáscara ostenta fortaleza!*

87.—Francisco de Quevedo: *Op. cit.*, 164.

88.—Francisco de Quevedo: *Obra Poética*, Ed. J. M. Blecua, Madrid, 1969, 640.

*Quitarnos el dolor, quitando el diente,
es quitar el dolor de la cabeza,
quitando la cabeza que le siente*⁸⁹.

Pero quizás la descripción más cruda de la figura del dentista es la que Quevedo nos presenta en su libro de los Sueños, concretamente en el Sueño: “Visita de los chistes”:

*En tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes haciendo bragueros, en esto conocí que eran sacamuelas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino para despoblar bocas y adelantar la vejez... Desconfiad de las gentes de Santa Apolonia, que levantan testimonio a las encías y desempiedran las bocas... No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos andar tras los dientes ajenos, como si fuesen ratones y pedir dineros por sacar una muela como si la pusieran*⁹⁰.

El tratado del Bachiller se cierra con una representación iconográfica de Santa Apolonia. Nosotros, las gentes de Santa Apolonia, cerramos nuestra exposición con la oración que en la Edad Media se hacía a la Santa:

Virgen y mártir egregia, ruega por nosotros Apolonia, dirige nuestras preces al Señor, para que por culpa de nuestros pecados, no seamos torturados con el dolor de muelas.

Muchas gracias.

89.—Francisco de Quevedo: *Obra Poética*, Ed. J. M. Blecua, Madrid, 1969, 573.

90.—Francisco de Quevedo: *Los Sueños*, Madrid, 1978, p. 112.